

El papel de la violencia en el aprendizaje de las masculinidades

Fernando Hernández

Judit Vidiella

Fernando Herraiz

Juana María Sancho

*Centro de Estudios sobre el Cambio en la Cultura y la Educación
Universidad de Barcelona*

Resumen

Este artículo se ha realizado desde una posición de cautela ante el ruido mediático y la agitación social reactiva en torno a la violencia de género y la violencia en la escuela. Porque el género y sus violencias van más allá de quien las ejerce y contra quien. Las alarmas sociales simplifican y reducen la realidad, silencian y a veces naturalizan a otros agentes de la trama de la violencia. De ahí que la finalidad de este artículo sea explorar -a partir de lecturas y de las evidencias aportadas por una investigación sobre las experiencias de aprendizaje de un grupo de jóvenes en torno a las masculinidades- otras maneras de pensar, posicionarse y actuar en la relación entre género y formas de violencia.

Palabras clave: narrativas personales, la voz en la investigación, aprendizaje social, género y formas de violencia.

Abstract: *The role of violence when acquiring masculinities*

This paper has been written from a precautionary stance in view of the media impact and the social reactive agitation around gender and school-based violence. This is because gender and gender-related violence go beyond the persons who exercise violence and those who suffer its effects. Social alarms simplify and reduce reality, hush up and some times naturalise other agents in the conspiracy of violence. Based on analyses of the available literature and the evidence collected in a research project about the learning experiences of a group of youngsters

regarding their masculinities, the main aim of this paper is to explore other ways of thinking, of positioning oneself and in taking an active role with respect to the relation between gender and the different forms of violence.

Key words: personal narrative, voices in research, social learning, gender and the forms of violence.

Desde una cierta cautela

En este artículo vamos a hablar de violencia desde la cautela, pues sabemos que lo hacemos en medio del ruido mediático y la agitación social reactiva. Ayer el clamor era en torno a la violencia de género, hoy en relación con la violencia en la escuela. El vocerío de la novedad recurrente hace aparecer a una, al tiempo que oculta a la otra. Nuestra cautela viene porque la violencia no es sólo la acción de dominio, control, sometimiento y agresión física, verbal o simbólica de alguien contra alguien en contra de su voluntad. Para nosotros hay muchos matices en esta realidad así definida. Depende de quién detenta el poder -la verdad- para definir el qué, el quién y el contra quién de la violencia (terrorista, religiosa, de Estado, de las multinacionales, de los especuladores, de los medios de comunicación, de los hombres, de las mujeres, de los adultos, los jóvenes o los infantes...). Depende de quién legitima -y contra quién- el orden del discurso en el que se inscriben la violencia y sus naturalizadas legitimidades y efectos. Depende de quién considera que hay una violencia justificada (una joven se autodefinía como víctima del hostigamiento -«bueno», silenciado y naturalizado- que contra ella ejercía la institución escolar, manifestando que sufría *acoso educativo*) y otra no. Se habla poco y de puntillas acerca de que la justificación de la hegemonía de la violencia se puede invertir con el paso del tiempo, y quienes hoy son denominados como violentos, pueden convertirse años después y con el mudar de papeles en liberadores, salvadores de la patria o víctimas de un determinado orden social. Porque la violencia siempre aparece situada en relación con una línea de orden. Quien tiene el poder de establecer la legitimidad del orden y su discurso, naturaliza formas de violencia como legítimas y coloca al otro, a la otra, en una posición subordinada que naturaliza su dominio. En esta línea de orden se instalan otras categorías como las de opresor y oprimido, amo y esclavo, agresor y víctima. Por eso cuando se condena la violencia (machista, terrorista, escolar) «sin paliativos» se refuerza el

discurso de un orden, que desde otra posición de discurso –el de la patología o los ideales salvadores del agresor, por ejemplo– puede ser contestado, dándole la vuelta. Por ejemplo, cuando se pone tanto énfasis en el acoso de las mujeres por sus parejas, se refuerza el papel de víctima de las mujeres, y queda intacto e invisible el orden patriarcal que es el generador de este tipo de relación desigual.

Por todo esto somos cautelosos a la hora de escribir en torno a los discursos y las realidad(es) caleidoscópicas del fenómeno de la «violencia de género». Porque suele transitar en una sola dirección: la que ejercen algunos hombres contra algunas mujeres. Pero el género y sus violencias van más allá de quien la ejerce y contra quien. Por eso las urgencias –las alarmas sociales– simplifican y reducen la realidad. Y silencian y a veces naturalizan, por ejemplo, a otros agentes de la trama de la violencia. De unas mujeres contra algunos hombres, de unos hombres contra algunos hombres; de unas mujeres contra otras mujeres; de algunos adultos contra algunos niños y niñas; de algunos niños, niñas y jóvenes contra algunos adultos o sus iguales; de algunos nativos contra algunos emigrantes y de algunos emigrantes contra algunos nativos. No negamos la existencia de la verdad implacable de los números. De los que se publicitan y los que se ocultan. De las cifras de muertas, hospitalizadas o acogidas. Pero al tiempo que nos preocupa y ocupa como atajarlas desde la parcela en la que nos situamos –la de la educación– nos afanamos por mirar –interpretando desde otros «lugares»: saberes y evidencias– para comprender y actuar de otras maneras.

Surge así, en este marco de cautela y de matizaciones, la finalidad de este artículo: explorar, a partir de lecturas y de las evidencias aportadas por una investigación sobre las experiencias de aprendizaje de un grupo de jóvenes en torno a las masculinidades¹, otras maneras de pensar, posicionarse y actuar en la relación entre género y violencia. Si miramos hacia las masculinidades es porque, como señala Kimmel «La violencia ha sido parte del significado de la masculinidad, parte de la forma en que los varones han medido, demostrado y probado su identidad. Sin otro mecanismo cultural por el que los jóvenes puedan llegar a verse como hombres, han asumido la violencia como el camino para hacerse hombres» (Kimmel, 2001, p. 68). Además de porque pensamos que uno de los orígenes del problema está en cómo la sociedad naturaliza la masculinidad hegemónica, produciendo posicionalidades y subjetividades,

¹ *¿Cómo se aprende a ser chico (hombre)? Una investigación sobre el aprendizaje de la masculinidad entre los adolescentes*, es una investigación financiada por el Instituto de la Mujer del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales y el Centro de Investigación y Documentación Educativa (CIDE) del Ministerio de Educación. El estudio tiene dos partes. Una organizada en torno a entrevistas en profundidad con 15 jóvenes. La otra en torno a los resultados de un cuestionario al que han respondido jóvenes de entre 15 y 20 años. Para la escritura de este artículo hemos tomado evidencias sacadas de las entrevistas.

maneras de ser y actuar en las que «la violencia ha sido parte estructuradora de la masculinidad (...). Se ha llegado a asumir la manifestación de la violencia como el camino más claro para hacerse hombres» (Cortés, 2004, p. 46).

El texto lo hemos construido poniendo en diálogo las voces de los jóvenes que participan en la investigación con las de los especialistas que han ido dejando señales que orientan nuestro diálogo y con nuestras propias voces. Entre unos y otros quedan espacios para que cada lector o lectora encuentre su lugar. Un lugar desde el que continuar la reflexión que aquí hemos tratado de abrir.

Los jóvenes que participan en la investigación representan una variedad de posiciones ante la corporeidad, ya sea por (dis)capacidades, procedencia geográfica u orientación sexual: homosexual, heterosexual y transexual, una chica que está en proceso de transexualidad masculina, de «mujer» a «hombre» y lo ponemos entre comillas porque son precisamente estas categorías esencialistas de denominación (ver Butler, Rubin, De Lauretis) las que suelen reforzar las «violencias» simbólicas –que muchas veces acaban siendo físicas, verbales– ante todo lo que escapa de la norma. Ellos hablan menos de violencia y más de sujetos violentos/violentados. Hacen referencia a sus experiencias como víctimas, o a las historias de personas conocidas que la han experimentado. Se sitúan desde la distancia ante lo que son los estereotipos de la violencia. Ninguno, desde sus diferencias culturales y sociales se reconoce en ella, y cuando lo hacen se reconocen más como víctima que como agresor. Esta es una peculiaridad que puede ayudar a situar sus posiciones.

Los efectos del discurso en la diferencia de los cuerpos

En su estudio ya clásico sobre las masculinidades Robert Connell (1995) explora las maneras en las que el género es comprendido e interpretado en relación con el cuerpo. Connell sugiere que la fisicalidad del cuerpo es central en la interpretación cultural del género. En su análisis, como también en el de Guillaumin (1993), la materialidad del cuerpo es importante para los individuos y los acuerdos sociales. Además de permitir establecer la diferencia en las maneras en que el género es aprendido y vivido. En este sentido, Connell define la masculinidad dentro de un sistema en el que de manera simultánea aparece «un lugar en las relaciones de género en el que a través de prácticas, hombres y mujeres establecen ese lugar en el género, y en los efectos de

esas prácticas en la experiencia corporeizada, la personalidad y la cultura» (Connell, 1995, p. 71). Además, Connell plantea que hay una necesidad de afirmar la capacidad de acción (*agency*) de los cuerpos en los procesos sociales para poder comprender las políticas de género como políticas corporeizadas. Connell utiliza la noción de «práctica reflexiva corporeizada» para plantear las maneras en las que los sujetos pueden ser vistos para ser localizados en un complejo circuito como objetos y agentes de práctica social (y en una fantasía corporeizada socialmente estructurada). La cual puede producir nuevas interacciones. La práctica reflexiva corporeizada captura la interacción dinámica de este tipo de interacciones operando dentro de unos límites sociales e institucionales, y también en el sentido de la capacidad de acción que sugiere que las experiencias situadas en el cuerpo ofrecen posibilidades para la trasgresión y el cambio (Khely, 2001).

Esta posición, que también se hace evidente en nuestro análisis y en el de otros autores como Martino y Pallotta-Chiarolli (2006, [2003]), nos invita a colocar el papel cultural del cuerpo en la constitución del género y de las relaciones sociales (la violencia no deja de ser una forma extrema de relación). En este marco las señales que marcan el escenario de las corporeidades hegemónicas masculinas o femeninas, se constituye como nuestro primer espacio de exploración para situar uno de los escenarios desde los que la violencia –como discurso y experiencia– es constituida.

Miki 1: «No sé... [siento] incomodidad al ver que una chica aguanta más haciendo ejercicio que yo. Por lo que sea. Porque estás cansado o porque ella hace mucho más deporte que tú y, claro, está en forma y tú no. Porque te pasas el día en el sofá o lo que sea, pero te sientes como un poco incómodo.

Entrevistador: ¿Tú como has vivido, por ejemplo, que las chicas sean las mejores de tu curso?

Miki 1: Yo sin problemas. En el ámbito intelectual no tengo problemas. Solamente en el ámbito que ya se supone que los hombres son los mejores, son los que corren más rápido, son los que aguantan más, los que levantan más peso. Yo cuando pequeño era muy gordo, muy débil, no hacía nada y en mi curso ha habido, desde los cuatro años, una compañera que su madre es profesora de gimnasia, su padre hace judo desde toda la vida y claro ella siempre era mucho más fuerte. Y yo, de pequeño menos, pero conforme he ido creciendo me sentía un poco más incómodo al ver que me ganaba. Igual que me siento algo incómodo cuando estoy en clase de artes marciales y un chico más pequeño que yo me gana en el combate. Pues hombre, te sientes un poco... ¡pero si es un criajo y le saco tres

cabezas! Pero me ha ganado. Te sientes un poco incómodo, pero si te pones a pensarlo ves que ¿por qué tengo que estar incómodo? Él es mejor, es más rápido, es más ligero o simplemente no me esfuerzo lo suficiente y ya está. Pero para eso lo tienes que pensar. Entonces la primera impresión es un poco desagradable y un poco ¿cómo me han ganado? Quizá también sea por aquello de que has de ser el campeón, no puedes ser un perdedor. Toda esa filosofía, si no es lo del machismo, no sé, pero es un poco esa sensación. (...) Las compañeras, bueno es que las compañeras son tan bestias como los críos cuando somos pequeños, entonces no se nota la diferencia hasta que ya se empieza a tener una cierta edad y ya empiezas a notar los cambios físicos y hormonales».

La reflexión de Miki 1² corporiza su experiencia «de ser» en una práctica física, la del deporte, como algo que reafirma su masculinidad, de modo que el ser vencido por una chica o un menor actúa como una señal de debilidad y fractura de la identificación, de cómo debe ser «sí mismo» o «sentido de sí». Cuando reconocer al *Otro* se transforma en un desafío al que se vincula una frustración, aparece el primer síntoma de lo que él denomina «la incomodidad». Es en la incomodidad de no poder dominar sobre el cuerpo del otro, quizá la experiencia de haberlo vivido durante el aprendizaje de las masculinidades, donde se encuentra un foco de interés que reclama nuestra atención. Al identificarlo y reflexionar sobre él, Miki 1 muestra un camino para desprenderse del lastre de la incomodidad. Al derivar desde el pensar el reconocimiento de la incongruencia da un primer paso hacia una nueva construcción de esa masculinidad que se configura en el cuerpo triunfante y campeón.

No es de extrañar entonces que autores como Guillaumin (1993) señalen que la materialidad del cuerpo representa un papel importante en la producción de las desigualdades de género. Esto se manifiesta, por ejemplo, en las diferentes formas en las que los chicos y las chicas utilizan el espacio, y establecen relaciones en las que los cuerpos entran en contacto.

Miki 1: ...Al menos en mi caso, cuando empezamos a crecer y todo eso no cambió mi forma de verlas (a las chicas) como personas. Seguían siendo igual de válidas y seguían siendo mejores en algunas cosas, peores en otras y todo eso.

² Todos los nombres que aparecen en el artículo son seudónimos elegidos por los propios jóvenes, como dos de los entrevistados eligieron el mismo, para diferenciarlos los hemos llamado Miki 1 y Miki 2.

Lo que cambia es tu forma de verlas como compañeras y no es que las veas diferentes, es que las ves distantes. Hacen sus grupitos sólo de chicas y te sientes un poco, a veces, como aparte, como un poco echado. Luego no sabes si acercarte y tal. Si tú estas haciendo bromas con un chico, pues le pegas un empujón, él te pega otro, un puñetazo. Pero cuando te encuentras con una chica dices: ¡uy! No puedo hacer lo mismo porque ya no puedes tocar en los mismos sitios, no le puedes dar un golpe en el pecho. Entonces, claro, ya te sientes más cohibido, a parte de toda la cuestión del despertar sexual...

El contacto corporal en las peleas y los juegos entre los chicos introduce nociones de solidaridad, colaboración y control del espacio público. Sin embargo, para las chicas, en el plano sociosimbólico todavía se sigue relacionando la construcción de la subjetividad femenina con la esfera doméstica y privada, en la cual el cuerpo femenino es a la vez más próximo y accesible, aunque actualmente su participación en el ámbito público permite que su interacción con los demás sea más relacional, de habla, de recogimiento... quizás sea por eso que muchos de los chicos entrevistados nos comenten que las chicas a la hora del patio se van a charlar en lugar de jugar a fútbol, aunque algunos de ellos, como Luka, Roc, Pau... digan que también se van a hablar en lugar de jugar a fútbol. Desde esta perspectiva, la materialidad del cuerpo es constitutiva y productora de desigualdades de género debido a las formas en que son aprendidas, experimentadas y vividas.

Un efecto del poder simbólico de los cuerpos es la narrativa de la superioridad del hombre sobre la mujer, de un tipo de hombres sobre otros hombres, de unas mujeres sobre algunos hombres y sobre otras mujeres, de una etnia sobre otra, de una clase social sobre otra... Esta idea de superioridad del uno sobre el otro (casi siempre del hombre sobre la mujer) trae consigo la objetualización de ese otro al que se le considera «inferior». La deshumanización que acompaña al convertir al otro en «objeto» (de diversión, de la rabia, de la frustración) proyecta un sentimiento de posesión (es mío o para mí) y de sometimiento del cuerpo del otro.

Daniel: Que tú eres más fuerte. Más fuerte psíquicamente y de cuerpo. Tienes más fuerza y, no sé, eres más fuerte también en todo. Porque..., es que no sé cómo explicarte (silencio). A ver. Las mujeres son más débiles en todo, bueno en todo y en todo..., en algunas cosas. Por ejemplo, les pasa que se les muere alguien... y no sé, pueden tener ¿cómo se llama eso que? (pausa)

Entrevistador: ¿El qué?

Daniel: Nada. Pueden tener depresiones. La mujer [tienen depresiones] más fácilmente que los hombres porque, no sé, son más débiles y los hombres no tanto. Se les muere alguien o les pasa algo y también se ponen mal pero se recuperan más fácilmente que las mujeres. El hombre siempre tiene que sacar a la familia adelante, bueno y la mujer también, pero lo más es que hay mujeres que no quieren trabajar y tienes que mantenerlas tú, no te puede mantener una mujer a ti.

En el relato de Daniel la fuerza física se convierte en portadora de la superioridad que encarna la masculinidad hegemónica. Pensar a la mujer como débil físicamente, pero sobre todo psicológicamente, está inscrito en un relato naturalizado por los medios de comunicación –el cine, las canciones, la publicidad e incluso los discursos socio-biológicos–, un relato que ha de ser quebrado de la misma forma que lo fue el de la supremacía genética de unas razas sobre otras. El día que aprendimos con el estudio del genoma humano que genéticamente los seres humanos son iguales se quebró un discurso enraizado en lo social y naturalizado en la(s) cultura(s). Quebrar la superioridad inscrita en el cuerpo masculino desplazando el sentido de la fuerza como valor supremo (la fuerza que luego se descarga sobre el que se considera inferior, o más débil) a otras formas de relación, emerge como un primer desafío. Para afrontarlo se hace necesario recorrer otros escenarios en los que el cuerpo se despliega.

El deporte como «espacio» de alienación

Las posturas, tensiones y textura de un cuerpo musculoso constituyen una de las formas principales de representación del poder masculino como parte del orden de la naturaleza... La presencia de un hombre (artificial o real) depende de la promesa de poder que representa (Loeser, 2002, p. 56).

Un lugar en el que la diferencia de los cuerpos se aprende, ejerce y proyecta es en el deporte y el ejercicio físico institucionalizado. Visitamos una escuela secundaria en Estados Unidos que tenía un Área de Bienestar. En este departamento se trataba la salud física y espiritual del alumnado, el profesorado, el personal de apoyo y la comu-

nidad. Allí transmitían una visión del deporte donde el respeto y el reconocimiento del otro se vinculaba a la competitividad y el afán de superación. Todo ello combinado con espacios para el yoga y la meditación, el cuidado de la alimentación y la atención psicológica. Pero esto es una excepción. Quizá sea por eso que Silvestre se pregunta:

Silvestre: ¿Era menos masculino por no jugar al fútbol con otros niños? No, pero de una manera u otra así lo creía, o me lo hacían entender así los otros compañeros. Y crecí con esta idea. No era menos masculino, simplemente era consecuente con la idea de masculinidad, es decir, el poder lo tiene la mujer. Siempre pensé que los juegos a los que jugaban los niños a la hora del patio no estimulaban ni la inteligencia, ni la imaginación ni la creatividad. Masculinidad era competir en las clases de gimnasia y natación y a la hora del patio. Yo odiaba los vestuarios y pasaba vergüenza. Me tenía que cambiar con un montón de gente con la que no hablaba demasiado.

El deporte en la escuela es uno de lugares en los que se construye la masculinidad hegemónica. Y esta masculinidad se extiende al deporte de competición. No hay más que ver la celebración que los medios de comunicación hacen de los deportistas, el tiempo que le dedican, y los mensajes que refuerzan con reiteración: victoria, derrota, orgullo, así como el vocabulario utilizado en las retransmisiones de los partidos que hablan en términos de machacar, aniquilar, «revanchar» a los adversarios... A lo que se unen el maridaje entre belleza (modelos) y deporte: despliegue en suma, del poder de la masculinidad hegemónica heterosexual. El deporte, especialmente el fútbol, se muestra como modelo de éxito rápido, como lugar de celebración de los cuerpos masculinos atléticos y poderosos, donde el engaño (dejarse caer para provocar falta) es jaleado, donde la rivalidad trasciende a lo deportivo -al juego- para convertirse en disputa entre aficiones o naciones. De esta manera, «el factor físico, muscular y la postura corporal, forman parte de regímenes socioculturales más amplios de una masculinidad heterosexual normativa, con lo que se convierte en importantes marcadores de las posiciones de los chicos en el contexto de las jerarquías masculinas en el centro escolar» (Martino y Pallotta-Chiarolli (2006, [2003], p. 34).

Quien no participe, quien no muestre en el juego su poder, queda excluido del orden simbólico de la masculinidad. Este orden se refuerza, y ésta es una de sus paradojas, porque en el deporte hay un espectador imaginario; alguien ante quien mostrarse, como apunta Miki 1:

Miki 1: Sí, sí hay un cambio muy importante, porque igual que ellas empiezan a hacer corros, se van, hablan de sus cosas y se cuentan su secretitos y no te quieren contar, y tal y cual, los chicos también empiezan a hacer grupos más amplios, con mucha más gente en los que hay deporte y enfrentamiento físico y a demostrar quien es el más fuerte, el más potente, el más macho. Quién corre más, quién le da más fuerte al balón, quién empuja más fuerte, y ya empieza a haber rencillas, peleas... y sobretodo cuando hay chicas mirando... Sí, yo soy el que corro más rápido pero no me estoy muriendo y luego cuando se dan la vuelta te caes al suelo rendido. Lo típico, impresionar, ser el atleta.

Este alguien para quien se trabaja el cuerpo es, sobre todo, la mujer, a quien se pretende seducir desde el poder que el cuerpo atlético proyecta. De esta manera se configura una identidad masculina que, al tiempo que se corporeiza, se «biologiza». De esta manera, nos dicen los jóvenes del estudio, lo que hace que uno sea un chico (un hombre) es la biología. Lo que le hace inalterable, frente a lo que no se puede luchar. Somos así. Esta reafirmación del ser desde la biología explica la inalterabilidad identitaria en la que se inscribe la violencia. Cuando este camino se comienza a recorrer desde el pensar y para ponerlo en duda, aparece un nuevo atajo que lo reafirma. Una nueva expresión de la biología vinculada a la selección natural:

Miki 1: Es ese miedo, supongo, bueno supongo no, seguro que tiene algo que ver con el instinto de reproducción. Igual que las comparaciones de fuerza, seguro que tienen mucho que ver con los machos de los animales... leones, arces, cualquier mamífero, que pelean entre ellos para ser el líder y el líder se lleva a las hembras.

Otras aportaciones se sitúan desde un lugar más reflexivo y deconstructor de estos discursos esencialistas anclados en la biología; es el caso de Roc o Miki 2; Este último, por sentirse lesbiana en una edad temprana, y su proceso de transexualidad masculina más reciente, ha tenido que repensarse a causa de las múltiples interpelaciones sociales a las que se ve sometido a diario:

Miki 2: Todavía me estoy buscando porque creo que toda mi vida me la pasaré buscándome... pero si es la masculinidad, pues creo que me estoy buscando pero en todos los sentidos, porque no hay una definición, ni la encontraré nunca... A ver, si tenemos que buscar una definición médica, pues soy un

transexual, si tenemos que buscar una definición social soy un hombre, y si tenemos que buscar mi definición pues yo soy yo, soy una persona y creo que es muy difícil llegar a un convenio de todo esto. Porque claro, hay gente que no llega a estar nunca contenta con lo que ve y siempre te tiene que preguntar: ¿y tú que eres? y ¿por qué te mueves así?, ¿por qué hablas así? o ¿por qué tienes esta voz? Pues mira a veces tienes ganas de contestar, depende del día soy un hombre y depende del día soy una mujer y no lo tengo nunca claro. Pues no, yo por lo que lucho es porque la masculinidad y la feminidad siempre estén presentes en todos mis gestos, pero es muy difícil. Por eso te digo que estoy en busca de encontrar un convenio de todo esto, no tomo hormonas, no me he operado y todas estas cosas (...) estoy en contra de tenerme que modificar por culpa de los otros.

La mujer como desconocida y distante

En el imaginario masculino se encuentra la mujer como depositaria de una parte de su proyección de sentido de ser. Sin embargo, es una mujer de la que se siente distante, cuya figura le atrae, al tiempo que le incomoda, porque le muestra -con su sola presencia y en los últimos decenios con su lucha- lo que no es, lo que parece no querer ser. El ideal que se le escurre entre sus experiencias de fuerza en las que piensa que se reconoce y reafirma.

En los últimos decenios, las mujeres están cambiando, en su lucha por la igualdad, su relación con el mundo y consigo mismas. El cuestionamiento de la hegemonía del poder masculino, gracias a las aportaciones de las feministas y los estudios de gays y lesbianas, han contribuido al fortalecimiento de sus derechos como personas y ciudadanas desafiando los modelos tradicionales de relación entre mujeres y varones, y proponiendo un nuevo contrato social y relacional. Este desafío resulta desequilibrante para quien construye su identidad desde una masculinidad hegemónica heterosexual.

Miki 1: (El chico) acaba haciendo grupos en los que se empieza a usar insultos y a soltar los tópicos sobre las mujeres. Sobre que te encontrarás con una mujer... aquello típico de las películas: yo soy un macho y me cepillo veinte en cinco minutos. (...) Cuando se tienen diez o doce años y conforme vas

subiendo, cuando alguien suelta eso sale el comentario sarcástico de: ¡¿por qué no aguantas más?! Y ya se empieza a abrir un poco más, se empieza a comparar, se empieza a hablar de las compañeras: «oye y tú con cual estarías, tal y cual... qué bien, qué guapa que está»... y ya es un poco más de compartir, pero siempre en grupos más pequeños que los del deporte... de mostrar la fuerza, son grupos más cerrados. Es como si se partiese: la mitad de los temas se pueden tratar en el grupo amplio, pero la otra mitad en grupos cerrados de dos, tres, que hablan de sus cosas, no dejan entrar a nadie más, por supuesto, ni por asomo comentarle a una chica algo de esto.

Este constituirse desde el lenguaje es otra marca de masculinidad que proyecta los miedos en la relación con la mujer. Un lenguaje construido desde la distancia que muestra los modos de agresión imaginados como formas normalizadas en la relación con el otro ser. «No podemos afirmar que la violencia se identifique con las masculinidad, pero sí que se establece una relación clara entre ambos indicadores. La ausencia de conciencia de que la violencia verbal constituye una forma de agresión contra las demás personas, y el incremento de la misma constituye un tema de preocupación educativa importante» (Barragán, 2004, p. 157). Como nos comentaba Miki 2, una cosa que parece tan inofensiva como es un piroppo, es una muestra más de agresión verbal fruto de una asimetría de poder.

Junto a la violencia que media la palabra está el reconocimiento de la diferencia que produce el fantasma de lo que se considera una superioridad femenina no aceptada.

Ciclón: Yo creo que en los chicos, en el tema psicológico, son mucho más débiles que las chicas. Aunque las chicas le den más importancia y reflexionen mucho más, cuando se ha acabado ya han llorado y ya han reflexionado y lo han solucionado y ya está. En cambio los chicos, puede ser que no le demos importancia en aquel momento, o más tarde, pero llega el momento en que continuamos pensando y al final nos termina afectando aunque no queramos.

El reconocimiento de un atisbo de esta debilidad de la que habla Ciclón hace tambalear el armazón cincelado a golpe de gestos y palabras. Cuestiona, como un fantasma, la superioridad masculina propiciada desde el dominio del cuerpo. Por eso Buchibinder define el poder masculino «como el efecto de la presión ejercida sobre los hombres por el discurso patriarcal para mantener y proteger la categoría de lo masculino. Sus privilegios, por tanto, funcionan en parte para camuflar las ansiedades

y tensiones creadas por esta necesidad de lo masculino de protegerse a sí mismo de aquello que ha humillado (por medio de la homofobia y la misoginia) el hombre homosexual, lo femenino, pero que sin embargo necesita para mantenerse y definirse a sí mismo» (Buchibinder en Yeates, 2001, p. 122). La subjetividad masculina se construye en términos negativos, esto es, sobre lo que no se es (homosexual, femenino, débil...) que por lo que se es. Cuando se vive que los privilegios son cuestionados en las relaciones, cuando ya no queda tiempo para el camuflaje de la propia debilidad, cuando ésta no se acepta –al igual que los miedos– alguien tiene que pagarlo. De aquí la importancia que tiene, a modo de antídoto, la receta que propone Silvestre, un joven militante homosexual.

Silvestre: Para mí, en la masculinidad es importante primero [aceptar] la parte femenina incorporada. Porque un hombre que no la tiene, que le molesta, difícilmente podrá aceptar a su mujer, podrá entender a su compañera, o [tratarla] de una forma más próxima, seguramente la tratará de una manera machista. Por eso entiendo la masculinidad también como la aceptación de la parte femenina de uno y de la homosexualidad de uno. Esto creo que es básico. Es un gran error cultural creer que somos opuestos, que no puede estar integrado.

Reconocer a la otra, no bajo el mito romántico de la complementariedad, sino desde la metáfora del espejo, que devuelva la propia imagen con matices nuevos, con un ser diferente que puede ayudar a que los temores a floren, no para rechazarlos, sino para aprender de ellos, es una posibilidad que se abre en la invitación de Silvestre.

Los miedos homofóbicos

Decíamos al principio que no nos queríamos ceñir a la violencia machista que se dirige hacia las mujeres. Que eso era reducir el campo. Centrar la mirada en aquello de lo que los medios hablan y la realidad pregona, es imprescindible. Pero si lo ponemos en relación con el miedo a no ser suficientemente «hombre» nos puede permitir explorar un meandro que con frecuencia aparece oculto entre tanta maleza normalizadora. La homofobia –señala Carlos Lomas– constituye una de las señas de identidad más sobresaliente y significativa de esa mirada androcéntrica de la masculinidad hege-

mónica sobre las personas. «El orden simbólico asociado a la masculinidad hegemónica predica de una manera normativa el imperativo categórico de la heterosexualidad masculina y femenina, y concibe la socialización de los hombres como el ejercicio de un poder sexual y social contra las mujeres y como el alejamiento masculino de cualquier conducta asociada convencionalmente a la feminidad» (Lomas, 2004, p. 16). Este aprendizaje comienza pronto. Como un fantasma de contornos diluidos en la infancia. Como una realidad abominable desde la pubertad.

Entrevistador: En el aprendizaje de la sexualidad masculina ¿cómo se sitúa la relación o la vivencia con la homosexualidad?

Miki 1: al principio está totalmente excluida... Precisamente por los tópicos de macho, eso de sentirte atraído por un hombre es imposible, es horrible y los propios insultos que se usan son sobre la sexualidad. Te sientes bien con los amigos, comentando y todo eso. Pero el insulto sería que te atrajese uno de tus amigos y las relaciones sexuales o más cercanas...

Entrevistador: ¿el miedo es al sexo con una persona de tu mismo sexo?

Miki 1: Sí, pero más que miedo por lo que sea el acto sexual, es miedo por el qué dirán, por toda la visión de la homosexualidad desde la sociedad.

Entrevistador: por ejemplo, la frase: los niños no lloran, ¿forma parte de ese aprendizaje?

Miki 1: Sí. Cuando eres pequeño, «no llores como una niña». Los insultos son «medianena». Cuando creces un poco, ya es maricón. Entonces es también un poco en ese punto. Aparte de que también se supone, siempre se dice, que los homosexuales son los que reconocen sus sentimientos, los más abiertos y todo eso. Eso también tira un poco para atrás porque es otra vez el homosexual...

El aprendizaje de la ocultación tras la violencia de las palabras y los cuerpos refleja un miedo a caer en un abismo de exclusión social. De ahí la lucha por el esfuerzo de normalizar. La necesidad de ser incluido, lo antes posible, dentro de la sexualidad hegemónica. Con ella, se piensa, se disipan los temores. Hasta que en medio de la camaradería masculina aparezca de nuevo el pánico. Lo que sucede cuando lo que no puede ser pensado se siente en algún lugar bajo la coraza. «Así, la masculinidad dominante reviste de recursos de poder a los hombres por el hecho de serlo, y les posibilita estructurar relaciones con las demás personas, subordinándolas, desvalorizándolas y convirtiéndolas en dependientes de ellos. Lo hegemónico y lo subordinado emerge en una interacción mutua, pero desigual (...). Toda forma de ser hombre que

no corresponda a la dominante sería equivalente a una situación precaria de ser hombre, que puede ser sometida a dominio por aquellos que ostentan la calidad plena de «hombres» (Olavaria, 2004, p. 59).

Una posición radical de ocultación se manifiesta en la reflexión de Miki 2, una joven que se encuentra en un proceso de transexualidad masculina, «de mujer a hombre».

Miki 2: Mi posición en la decisión que he tomado, es una posición porque me da mucho miedo ser mujer. Porque encuentro que es difícilísimo. Quiero decir que me da miedo, me da miedo la violencia, me da miedo la violencia en el mundo masculino contra las mujeres. Y encuentro que no sé cómo resolverlo. Se han dicho muchas tonterías. La realidad de la situación es que una persona que ha escogido otro camino es porque se daba contra la pared. Quiero decir que yo lo intentaba y no podía. Pero también has de pensar por qué no podía. Cuando he intentado socializarme como mujer no sabía por qué, y es algo sobre lo que he reflexionado, porque he tenido tiempo, me aterrorizaba. Porque me aterrorizaban las dificultades enormes en este campo, y no podía. En cambio, como hombre puedo decir las tonterías que quiera, puedo hablar en voz alta en las mesas, puedo hacer lo que me salga de las narices y nadie me dice nada. En cambio a una mujer la hacen callar. Esta es la realidad. Hay personas que prefieren lo otro, la transexualidad femenina que también tiene otros aspectos, pero uno ha de analizarse también, ha de pensarse, esto es muy importante. Una vez que has hecho estos procesos, que a mí todavía me quedan muchos, ahora estoy redescubriendo mi feminidad y también me gusta pensar: -«quizás este miedo que tú le tenías es un machismo profundo que tienes del rollo... pues prefiero gritar sobre una mesa, pues igual eres un poco cretino y en lugar de gritar tanto tendrías que bajar la voz». Pero estos son procesos que he aprendido y que tendríamos que comenzar a borrar y pensar lo que hay detrás. Pero esto lo decimos aquí que somos tres, pero hay muchísima gente que ni lo ha pensado y esto es lo grave, no hablarlo entre tres, sino entre cuarenta millones de habitantes.

De manera complementaria, Silvestre señala la carga histórica y social que tuvo que asumir cuando aceptó su condición:

Silvestre: Nunca me sentí tan cerca de la masculinidad heredada como el día en que me convencí de que me gustaban los chicos. Parece increíble, pero la palabra «homosexual» está cargada de un montón de significados que no

recuerdas ni de dónde han salido, de un montón de prejuicio que creías no tener, que hacen que te veas de una manera que no te gusta. En mi caso, afloró una increíble represión sexual propia de la época victoriana, que me aisló en la castidad y la clausura, en una negación de la parte animal y el deseo.

Ocultarse, aceptar la represión como necesaria, ponerse la coraza. Tapar con capas de violencia aquello que se teme que aflore. Aquello que puede escapar de una norma que se asume como naturalizada. Pensarse de otra manera, sentir aunque sea un momento el gusto de estar con un igual pone en marcha todas las alarmas, y en el caso de quién lo empieza a vivir como placentero, como el deseo hacia ese otro igual que yo, resulta doloroso por la falta de referentes cercanos con los que identificarse y construir una identidad positiva de homosexualidad, puesto que es reprimido por la sociedad heterocentrada.

Construirse una fachada: la ocultación de las emociones y los afectos

La masculinidad hegemónica se construye como una totalidad invulnerable, ese es el referente desde el que se aprende, de modo que se construye una fachada, un muro que no permite que se fragmente el yo, que protege -se piensa, se desea con fuerza- de los miedos. Si esa sensación de unidad y seguridad se ve amenazada, desafiada, el miedo y la ansiedad por la falta de reflexividad y la inseguridad que eso genera puede desencadenar violencia como «un fenómeno psíquico que se produce en determinados hombres: es parte de su educación como tales, incluso una necesidad para acceder a una masculinidad hegemónica aunque, por supuesto, sus formas varían. En relación con las mujeres y con las niñas, la violencia masculina es también una respuesta estructural, relacionada con el miedo masculino a la intimidad, valor femenino que no forma parte de las actitudes inculcadas a los niños y ante la que se sienten vulnerable e inseguros» (Subirats, 2003, p. 30).

Entrevistador: Las chicas muchas veces dicen que los chicos, sus amigos, sus parejas no saben expresar sus emociones, no saben expresar sus afectos. Que son muy cerrados.

Miki 1: Sí, bueno...

Entrevistador: Que saben hablar de lo que hacen pero no de lo que sienten.

Miki 1: Eso es, eso es, yo creo que más por la vergüenza.

Entrevistador: Y ¿cómo se aprende la vergüenza Miki?

Miki 1: Bueno es que cuando has estado tanto tiempo delante de las chicas siempre intentando impresionarlas con juegos de fuerza, y tal y cual, has construido como una especie de fachada, una muralla a tu alrededor que dejas pasar a muy poca gente, y esa muralla tiene una forma y te muestra de una cierta manera y, generalmente, tú estás completamente convencido de que no tiene nada que ver esta fachada que has construido con tu forma verdadera de ser y que tu forma verdadera de ser es totalmente despreciable y para nada atractiva. Eso lo tienes, vamos, estás convencido de ello y entonces cuando llega el momento y tienes que expresarlo delante de tu pareja ya es muy difícil, porque te sientes como que vas a destruir toda esa fachada que tanto te ha costado construir, que tanto esfuerzo y empeño has puesto para que fuese atractiva y te vas a mostrar como un ser viscoso y miserable. [Piensas] que te van a pegar un pisotón y se van a ir. Realmente piensas eso y te es muy difícil, aparte de que normalmente otro de los tópicos es que los chicos son fuertes, cerrados... nunca muestran si están asustados, han de ser quienes lo controlan todo y eso es muy importante desde el punto de vista masculino de los chicos jóvenes, es algo que se ha de llevar siempre hasta lo más que puedas y nunca mostrar debilidad, aunque no sea debilidad.

Entrevistador: Pero el miedo es algo que también se aprende...

Miki 1: Como tú te consideras inferior, menos importante, menos atractivo, te haces la fachada para resultar atractivo. Entonces claro, cuando tienes que destruirla, tienes miedo de que esa muchacha te vea poco atractivo y que obviamente ya no esté interesada.

Qué difícil, como señala Miki 1, es aprender a ser hombre sin enfrentarse con la fantasía de la fachada, de la máscara que ha de proteger del mostrar los afectos. Qué difícil y contradictorio a un tiempo. Luego uno se pierde, se desconoce y termina por diluirse en toda una serie de tópicos que no le pertenecen. Por eso, como señala Kimmel «la definición misma de masculinidad debe ser capaz de admitir un mayor espectro de emociones, incluido el miedo, sin que ello suponga que la identidad del hombre quede amenazada. Debemos también desarrollar mecanismos para separar el sentido de identidad masculina de ese falso sentimiento de legitimidad» (Kimmel 2001, p. 69).

Cuando este reconocimiento tiene lugar comienza a invertirse el orden que produce la violencia. Una violencia que «aunque sirve para perpetuar la masculinidad y la dominación masculina, es expresión de la fragilidad de la masculinidad. La masculinidad requiere ser respaldada y afirmada constantemente. La violencia sale más a flote cuando el hombre tiene dudas sobre sí, o imágenes negativas de sí mismo. Mediante la violencia afirma su poder personal, pero sólo acrecentará la imagen negativa de sí mismo, demostrando así su fragilidad» (Callirgos, 1996, p. 213).

La «normalidad» de los medios

En la parte de nuestra investigación que se basa en las respuestas a un cuestionario, algo que nos llamó la atención fue que muchos chicos no sabían qué responder a la pregunta en la que se les pedía que nombrasen alguna película, lectura, un cantante, un deportista, etc., que pensarán si había tenido o tenía alguna influencia en su representación sobre la masculinidad, en su manera de ser chico. Este no saber no se derivaba del hecho de que no tuvieran referentes en estos campos. Los tenían y muchos, sino que no habían establecido la asociación con que aquello que vemos u oímos puede tener una influencia en nuestro sentido de ser. Quizá por eso, cuando se piensa desde una perspectiva educativa sobre la realidad de la violencia –machista, homofóbica, racista– sería importante explorar «en qué medida imágenes manifiestas y sublimadas de la dominación y el poder masculino participan en la formación de actitudes sexistas, raciales, clasistas y homófobas. Nuestra tarea debería consistir en planear cómo subvertir estas autosatisfechas representaciones de la masculinidad con el fin de recomponer el equilibrio de poder en la cultura dominante» (Cortés, 2004, p. 44).

Miki 2: Considero que la televisión que hace constantemente violencia de género, afecta al género de las personas. Sí, sin duda. Pero eso, como pasa en todas las casas, no creo que me haya afectado más o menos. Porque en mi televisión hay violencia de género y yo no la reproduzco hasta ese punto. Por eso no te digo que la televisión lo haga.

«En este contexto indagar sobre las formas en que el uso lingüístico y los mensajes de la cultura de masas (y, en especial, de la publicidad) contribuyen a la difusión a

gran escala de estereotipos de género asimétricos y desiguales constituye una tarea esencial en ese afán de contribuir, “armados de una ardiente paciencia” (como escribiera Pablo Neruda), a la construcción de identidades femeninas y masculinas que favorezcan tanto el derecho a la diferencia sexual entre mujeres y hombres con la igualdad de derechos y deberes entre unas y otras» (Lomas y Arconada, 2003, p. 182).

Consecuencias para la educación

Igual que mostrábamos al inicio nuestra cautela sobre cómo se habla de la violencia, también lo hacemos ante lo que se proponen como *soluciones y fórmulas salvadoras* para evitarla o encauzarla. A pesar de ello, una lectura «educativa» de algunos de los «decires» de los jóvenes puede brindar pistas «educativas» para, actuando sin paternalismos, sin actitudes redentoras y desde un escucha atenta, respetuosa y exigente, explorar caminos que puedan revertir lo que hoy constituyen situaciones «graves» de violencia. Sobre todo, que ayude a que se pueda quebrar la naturalización, la aceptación sumisa de que las cosas y las personas son como son, o como dice Luka, uno de los entrevistados, «creo que hay muy poca gente que pueda cambiar radicalmente como es después y cómo ha sido educado».

En repetidas ocasiones a lo largo del estudio, los jóvenes participantes nos han dicho (se han dicho) tanto en las entrevistas como dando respuesta a los cuestionarios ¿por qué no hablamos nosotros de estos temas? ¿Por qué no conversamos sobre quienes somos y lo que nos lleva a ser lo que somos? Esta inquietud, refleja una disposición que si fuera aprovechada en la educación quizá evitaría algunos comportamientos que hoy nos preocupan.

Si se presta atención a algunas de las manifestaciones de los jóvenes recogidas más arriba, algo que se observa es el reconocimiento de que actúan de cierta manera (machista) porque no tienen tiempos y oportunidades para pensar sobre ello. Cuando el pensar crítico aparece, cuando la toma de conciencia del falso sentido de naturalización de ciertos comportamientos se hace visible, se inicia un proceso de desmantelamiento que puede generar nuevas actitudes y comportamientos. Como señala «es hora de analizar los efectos reales de los valores masculinos dominantes sobre otras personas en la familia, el trabajo, la política y también sobre los mismos hombres. El hecho de negarse a hablar, a admitir debilidad y a mostrar vulnerabilidad, así como las

prácticas de control y dominio sobre otras personas, son tácticas exitosas de poder, pero también son un hecho que la opresión tiene un elevado costo también para el opresor» (Asturias 2004, p. 77).

En más de una ocasión nos hemos preguntado en qué ha fallado, qué no ha tenido lugar en lo que se suponía que tenían que ser espacios y relaciones para la coeducación en la escuela. Por eso nos sorprende que Luka nos diga lo siguiente:

las chicas de mi clase son bastante..., se dejan mandar bastante, están bastante guiadas por el estereotipo de la mujer, digamos de esclava del hombre. Esto da pie a que los otros, a que los hombres se aprovechen. Quiero decir que están marcadas por los estereotipos antiguos.

De esta manera el espejo se revierte en quien lo proyecta. Vuelve de nuevo a la mujer. A sus dudas. A su deseo de normalidad. Al de las madres que educan desde formas de masculinidad protectoras. De maestras que reproducen el modelo maternal para luego, poco a poco, irse decantando por el del temor. De las chicas que muestran una superioridad que transita entre el despliegue del encanto y la calculada distancia, aunque lo hagan llevadas por el miedo o por no contar con otras *berramientas* para encarar el mundo de la relación. Surge así un cúmulo de barreras que no resulta sencillo romper. De violencias cotidianas que se camuflan en los gestos de amor y protección.

Todo eso desemboca en el grupo de amigos, en los valores hegemónicos de masculinidad que se muestran en el deporte, la publicidad, la política, los negocios, la opresión y la explotación cotidiana. El poder de la fuerza que se despliega en todas sus formas. De esta manera «los atributos que distinguen a los hombres están sostenidos y reforzados por mandatos sociales que son interiorizados y forman parte de su identidad. Expresan esa masculinidad dominante que es su referente, que no necesariamente pueden exhibir o ejercer en los diferentes ámbitos de su vida; por el contrario, su exhibición y ejercicio dependerá de los recursos que posean y hereden, del contexto social en el que vivan, de sus sensibilidades y de si superan con éxito las pruebas de iniciación que les permitirán reconocerse y ser reconocidos como hombres» (Olavaria, 2004, p. 46).

Entrevistador: Si tuviéramos que poner un título a la historia.

Miki 1: Nada, la historia del aprendizaje. (Silencio) Un poco sería como aprender lo que tienes que ser y darte cuenta de que es totalmente falso. Es básica-

mente eso. Es empezar aprendiendo que las cosas tienen que ser así porque todo el mundo tiene que ser así, reglado y tal y cual, y darte cuenta que no tiene nada que ver con la realidad. Romper completamente los esquemas y ver, ver lo que es, ir descubriendo lo que es el mundo y las diferencias que hay.

Entrevistador: ¿Tienes modelos para irlo descubriendo, para contrastarlo o es un autoaprendizaje a base de subidas y bajadas?

Miki 1: Básicamente tienes unos modelos que no son reales, (que) no son verdad. Entonces tú lo que haces es coger esos modelos y con el tiempo, con la experiencia, darte cuenta de que son completamente falsos e irlos destruyendo y reconformándolos. Como si dijéramos coger una plantilla, una hoja blanca que tiene unas cuantas líneas e ir convirtiéndola en la plantilla de lo que es realmente. Una plantilla mucho más complicada, con muchos más trozos. Sería más bien adaptar. Te dan un modelo para que tengas una cierta idea y luego lo vas destruyendo y dándote cuenta de lo que es. Quizá por eso hay tanta diferencia en la forma de ver, pero tienes que montarlo tú, es un autoaprendizaje.

Lástima que los modelos no hegemónicos de masculinidad no se hagan más visibles. Quizás si como educadores, padres y madres, amigos, etc empezáramos a apoyar y dar más referentes que se construyen desde lugares que fracturan estos modelos hegemónicos sería un inicio para comenzar a hablar de aquello que queda silenciado: el poder, el triunfo, la fuerza como atributos sociales dominantes, valorados, apreciados. A pesar de ello en el horizonte se dibuja una esperanza. «Estamos en una sociedad en tránsito de la dominación masculina a la equidad real, pero aún queda mucho cambio por recorrer, como se evidencia en las ideologías conservadoras de las y los más jóvenes. Se adaptan a las exigencias del feminismo, pero no se modifican las bases del conflicto social, las mujeres están haciendo un esfuerzo por repensarse, por cambiar los patrones sociales en los que han sido educadas, en parte porque el mundo laboral y de consumo las demanda como activas, pero parece que el cambio por parte de los hombres no sea necesario porque es el modelo (invisible y neutro) a seguir: éxito, competitividad... quizás ese sea el primer punto de partida, el de empezar a trabajar la masculinidad hegemónica, el feminismo ya lleva muchos años trabajando con las mujeres, pero la masculinidad sigue intacta. A cada paso el patriarcado se filtra en las ideologías que sustentan la vida cotidiana, y sólo existe una apariencia de cambio e igualdad» (Pescador, 2004, p. 140). De ahí la importancia de desvelar lo que se filtra en lo cotidiano, de adoptar posiciones más radicales, de insistir e insistir en posibilitar espacios del pensar y el hacer alternativos.

Referencias bibliográficas

- ASTURIAS, L. (1997): «Construcción de la masculinidad y Relaciones de Género», en C. LOMAS (comp.): *Los chicos también lloran. Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*. Barcelona, Paidós.
- BARRAGÁN, F. (2004): «Masculinidad e innovación educativa: de la homofobia a la ética del cuidado de las personas», en C. LOMAS (comp.): *Los chicos también lloran, Identidad masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*. Barcelona, Paidós.
- BUTLER, J. (2001) [1990]: *El género en disputa, el feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona, Buenos Aires, Paidós.
- CONNELL, R. (1995): *Masculinities*. Londres, Polity.
- CORTÉS, J. M. (2004): *Hombres de mármol*. Barcelona/Madrid, Egales.
- CALLIRGOS, J. C. (1996): «¿El otoño del patriarca?», en C. LOMAS (comp.): *¿Todos los hombres son iguales? Identidades masculinas y cambios sociales*. Barcelona, Paidós-Contextos.
- DE LAURETIS, T. (2000): «Tecnologías del género», en *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. Madrid, Horas y Horas, Cuadernos inacabados, 35.
- GUILLAUMIN, C. (1993): «The constructed body», en C. B. BURROUGHS; J. D. EHRENREICH: *Reading the social body*. Iowa City, University of Iowa Press.
- KHEILY, M. (2001): «Bodies in School. Young Men, Embodiment and Heterosexual Masculinities», en *Men and Masculinities*, 4 (2), pp. 173-185.
- KIMMEL, M. (2001): «Masculinidades globales: restauración y resistencia», en C. SÁNCHEZ-PALENCIA; J. C. HIDALGO (eds.): *Masculino plural: Construcciones de la masculinidad*. Lleida, Universitat de Lleida.
- LOESER, C. J. (2002): «Bounded bodies, mobile selves: the significance of the muscular body in young hearing-impaired men's constructions of masculinity», en S. PEARCE; V. MULLER (eds.): *Manning the Millennium: Studies in Masculinities*. Washington, Curtin University of Technology, Black Swan Pres.
- LOMAS, C. (2004): «¿Los chicos no lloran?», en *Los chicos también lloran, Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*. Barcelona, Paidós.
- LOMAS, C.; ARCONADA, M. A. (2003): «La construcción de la masculinidad en el lenguaje de la publicidad», en C. LOMAS (comp.): *¿Todos los hombres son iguales? Identidad Masculina y Cambios Sociales*. Barcelona, Paidós.
- OLAVARRÍA, J. (2004): «Modelos de masculinidad y desigualdad de género», en C. LOMAS (comp.): *Los chicos también lloran, Identidad masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*. Barcelona, Paidós.

- MARTINO, W.; PALLOTTA-CHIAROLLI, M. (2006) [2003]: *Pero, ¿Qué es un chico? Aproximación a la masculinidad en contextos escolares*. Barcelona, Octaedro.
- PESCADOR, E. (2004): «Masculinidades y adolescencia», en C. LOMAS (comp.): *Los chicos también lloran, Identidad masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*. Barcelona, Paidós.
- RUBIN, G. (1997): «Sexual Traffic, interview with Judith Butler», en E. WEED; N. SCHOR (ed.): *Feminism meets queer theory*. Bloomington, Indiana University Press.
- SUBIRATS, M. (2003): «Género y Escuela», en C. LOMAS (comp.): *¿Iguales o diferentes? Género, diferencia sexual, lenguaje y educación*. Barcelona, Paidós.
- YEATES, H. (2001): «Indagando en Sípowicz: El espectáculo de la incontinencia, la impotencia y la mortalidad en Policías de Nueva Cork», en C. SÁNCHEZ-PALENCIA; J. C. HIDALGO (eds.): *Masculino Plural: construcciones de la masculinidad*. Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida.